

BAGHERIA

Paisajes narrados, 53

Dacia Maraini

Bagheria

Traducción de Juan Carlos de Miguel y Canuto

editorial  minúscula
BARCELONA

Título original: *Bagheria*

© 1993 RCS Libri S.p.A., Milan

© de la traducción: 2013 Juan Carlos de Miguel y Canuto

Revisión: Santiago Celaya

© 2013 Editorial Minúscula, S. L.

Sociedad unipersonal

Av. República Argentina, 163

08023 Barcelona

minuscula@editorialminuscula.com

www.editorialminuscula.com

Primera edición: febrero de 2013

Diseño gráfico: Pepe Far

Fotografía de la cubierta: Villa Valguarnera, Bagheria. Derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona

Impresión: Winihard Gràfics S.L., Av. del Prat, 7, 08180 Mojà

ISBN: 978-84-95587-93-0

Depósito legal: B-4.838-2013

Printed in Spain

Nota del traductor

Dacia Maraini es toda una señora de las letras italianas. Nacida cerca de Florencia en 1936, hace años que ha alcanzado el punto de sazón de su carrera literaria. La empezó en 1962 con la publicación de la novela *La vacanza* (Las vacaciones) y la ha proseguido hasta nuestros días. Ha cultivado los principales géneros literarios y periodísticos y ha participado en la vida teatral. También ha colaborado en guiones fílmicos y varias de sus obras han sido llevadas al cine. Se ha ganado una posición relevante en el mundo de la literatura con su esforzada voluntad y con su laboriosísima constancia. Ha recibido numerosos e importantes premios, como el Campiello (1990) y el Strega (1999). Es doctora *honoris causa* por varias universidades. Su nombre figuró en las listas de candidatos al premio Nobel de Literatura en la convocatoria del año 2012.

Su intervención asidua y valiente en la vida cultural y pública italiana, además de su compromiso con los débiles y en favor de los derechos humanos, especialmente de las mujeres, junto a su incansable viajar por todo el orbe

—aunque su casa está en Roma—, hacen de ella una de las voces más difundidas y escuchadas de nuestro tiempo.

La nave per Kobe. Diari giapponesi di mia madre (En barco hacia Kobe. Diarios japoneses de mi madre), publicado en 2001, e *Il gioco dell'universo. Dialoghi immaginari tra un padre e una figlia* (El juego del universo. Diálogos imaginarios entre un padre y una hija), de 2007, como *Bagheria*, son libros de recuerdos autobiográficos. Publicaciones recientes son las novelas *Colomba*, que alcanzó un gran éxito de público, de 2004, e *Il treno dell'ultima notte* (El tren de la última noche), de 2008. *La ragazza di via Maqueda* (La chica de la calle Maqueda), de 2009, es una colección de relatos. A finales de 2010 apareció *La seduzione dell'altrove* (La seducción del exterior), suma de artículos de viajes recientes, y en noviembre de 2011 *La grande festa* (La gran fiesta), nueva incursión en la memoria íntima: un diálogo con seres queridos y ausentes, entre otros Pier Paolo Pasolini y Alberto Moravia; los tres, en los años 60 y 70, fueron amigos y viajeros inseparables. En septiembre de 2012 vio la luz el volumen de relatos *Amori rubati* (Amores robados).

Bagheria es una localidad costera siciliana no muy distante de Palermo, en la que Dacia Maraini pasó algunos años de su infancia y los de su primera juventud, y es también el título de un sopesado homenaje a la tierra de sus ancestros maternos. Como una sinécdoque, *Bagheria* está por la entera isla. Tierra amada y rehuida, tierra cantada en

sus virtudes, en su candente sensualidad mediterránea de luces, colores, olores y sabores, en sus gentes, en su rica historia y en sus bellas artes, pero también compadecida y reprobada en su deterioro y ruina, en su desolador expolio urbanístico y en la dejación secular de sus moradores.

Una voz animosa, pero a ratos melancólica, se adentra en el territorio de la memoria, visita con detenimiento los espacios asiduos en un tiempo anterior de la *isla de los jazmines*, especialmente la vieja heredad familiar, villa Valguarnera, y se desliza por las vivencias y los recuerdos antiguos, que desbordan el territorio siciliano y conforman teselas preciosas del mosaico de una vida singular, la de la autora, en la que los padres alcanzan una idílica dimensión fundadora, casi mítica.

El libro, una deliciosa evocación miscelánea de tono íntimo, publicado en Italia por vez primera en 1993, muchas veces reeditado y traducido a numerosas lenguas, es pues, asimismo, una revisión autobiográfica del pasado, que incluye la lucha reivindicadora de la libertad femenina, así como el reconocimiento y la aceptación, ahora ya serena, de los orígenes nobiliarios, el lastre y las contradicciones de la familia.¹

1. En el año 2009, el cineasta Giuseppe Tornatore, hijo de Bagheria, tomó igualmente el nombre de la población, en el dialecto local, *Baarìa*, para dar título a una superproducción sobre la historia contemporánea de Sicilia y de Italia a través de tres generaciones de baguerienses.

Esta versión en lengua española, escrita en cálido homenaje a la autora, intenta —hasta donde es posible— despegarse lo mínimo del original, transmitir la emoción, el ritmo y la respiración de una prosa variada, sutil y animada, a menudo musical y danzarina. Las contadas voces sicilianas se han mantenido o bien su traducción consta entrecomillada.

Bagheria la vi por vez primera en 1947. Venía de Palermo, adonde había llegado en barco desde Nápoles, y antes desde Tokio, en otro barco, un transatlántico.

Dos años de campo de concentración y de guerra. Una travesía por el océano minado. En la cubierta todos los días hacíamos ejercicios para tirarnos ordenadamente al mar, con el salvavidas en la cintura, para el caso de que el barco se topase con una mina.

De aquel barco conservo una pequeña fotografía en la que se ve un trozo de la cubierta azotada por el viento y a una niña con un vestido de flores que vuela en torno a sus piernas delgadas. Aquella niña era yo, llevaba el pelo corto, casi blanco de tan rubio que era, zapatillas de tenis rojas, e iba cogida de la mano de un oficial americano.

Era muy querida por los marines americanos, les recordaba a sus hijas pequeñas que habían dejado en casa. Me colmaban de regalos: barritas de chocolate,

grandes cajas de guisantes en polvo y bastoncitos de caramelo a rayas blancas y rojas.

Uno de ellos me quiso hasta el punto de llevarme a su dormitorio, haciéndome subir las escaleras de tres plantas a pie, a la carrera, tras sus largas piernas de mocetón. Cuando, después de haberme mostrado las fotografías de su hija de seis años, comenzó a tocarme las rodillas, salí disparada. Y recorrí de vuelta, casi rodando, todas las escaleras que había recorrido de subida con él. Fue en aquella ocasión cuando entendí algo del amor paterno, tan tierno y lascivo a la vez, tan dominante y delicado.

De noche soñaba que me perseguía un avión que ametrallaba a los transeúntes, cazándolos como haría un halcón. Caía en picado y atacaba por la espalda, dejando tras de sí un poco de polvo levantado por el remolino de las alas y un sabor excitado de miedo y de fuga.

La muerte y yo nos habíamos hecho parientes. La conocía muy bien. Me era familiar, como una prima idiota con quien se tienen ganas de jugar y de quien se puede esperar cualquier cosa: tanto un gesto afectuoso como una patada, tanto un beso como una cuchillada.

En Palermo nos esperaba la familia de mi madre. Un abuelo moribundo, una abuela de grandes ojos ne-

gros que vivía rindiendo culto a su pasada belleza, una villa del Dieciocho en ruinas y unos parientes nobles, reservados y desconfiados.

En el puerto subimos a un carruaje que nos iba a llevar a Bagheria. Lo cargamos con todos nuestros enseres, que en realidad eran poquísimos, ya que habíamos vuelto de Japón con lo puesto, llevando encima solo la ropa regalada por los militares americanos, sin dinero y sin propiedades.

El carruaje cogió la calle Francesco Crispi, la calle Barillai y la calle Cala di porto Carbone, en medio de restos de casas derruidas por la guerra. Después Porta Felice, con sus dos hermosas torres, el Foro itálico, y la que en tiempos se llamaba Marina, cerca de la verdadera plaza Marina, donde tenían lugar las mayores fiestas palermitanas, pero también donde se ejecutaban los ahorcamientos y los descuartizamientos.

Prosiguiendo, embocamos la carretera del mar, llena de curvas, todavía sin asfaltar, formada por *bala-ti* o adoquines en los centros habitados y en otras partes simplemente blanca de polvo y de tierra.

Dejábamos a nuestras espaldas el monte Pellegrino, con su forma de torre de vigía, y una Palermo toda detritus y ruinas. Nos adentrábamos en el campo estival, con sus hierbas abrasadas y sus cursos de agua secos y quemados.

Al recordar aquel viaje se me hace un nudo en la garganta. ¿Por qué no he escrito antes sobre esto? Es como si al ponerla sobre el papel, la hermosa Bagheria, al darle una forma, sintiese que se me viene encima con un excesivo fragor de lejanías perdidas. ¿Un espejismo? ¿Una ciudad invertida y rutilante al final de un camino de piedras que, al acercarme demasiado, se iba a desvanecer en la nada?

Estaba sentada entre mi padre, un hombre en la plenitud de su belleza y seducción (he aprendido, después, lo seductora y asfixiante que puede ser una hija enamorada de su padre), y mi madre, asimismo fresca y hermosa, muy joven, casi una muchacha, con sus largos cabellos rubios y los ojos grandes, claros. Delante de mí, mis dos hermanas: una con la cabeza pequeña y bien torneada, los ojos de almendra, casi achinados, bajo sus párpados tiernamente hinchados, que llegaría a ser músico, y la otra, con los brazos regorditos, la piel rojiza, poblada de pecas, que llegaría a ser escritora.

Al caballo flaco, un caballo de la posguerra que come heno sucio y barato, le costaba transportarnos a todos, aunque careciésemos casi por completo de equipaje. Aun así me parecía que corríamos sin aliento sobre aquellas grandes ruedas negras y rojas hacia el porvenir. ¿Qué nos habría reservado la suerte?

Pasado el oprobio de las bombas y del hambre desesperada, había perdido también aquella asidua relación con la prima idiota. Iba sentada tranquila en el asiento acolchado del carruaje y miraba a mi alrededor pensando que todo era posible. Olfateaba intrigada los inusuales olores a jazmín y a excremento de caballo.

A la izquierda tenía el mar de un color crudo, verde vegetal. A la derecha, la llanura de olivos y limoneros. Por primera vez respiraba el aire de la isla. Había oído hablar mucho de ella durante el cautiverio en Japón. Sobre todo hablábamos de comida, de la mañana a la noche, para satisfacer con la fantasía aquella hambre que nos secaba la saliva en la boca y nos encogía las vísceras.

«¿Te acuerdas de la pasta con berenjenas que comíamos en Palermo, con esas rodajitas negras, brillantes, sumergidas en tomate dulce?» «¿Y de aquellas otras berenjenas que se llamaban “codornices” porque se venden cocidas, cortadas como si tuviesen dos alas a los lados del cuerpo y que saben a frito y anís?» «¿Te acuerdas de las sardinas *a beccafico*, enrolladas y rellenas de pasas, piñones, esa pulpa tierna de pescado que se deshacía en la lengua?» «¿Te acuerdas de los “triumfos del paladar” que les comprábamos a las monjas, con esa gelatina de pistacho que parece que te entra directamente en el cerebro, por lo perfumada y ligera

que es?» «¿Y te acuerdas de las “tetillas de Santa Ágata”, esos pasteles en forma de senos cortados rellenos de requesón azucarado?»

De repente el carruaje se adentraba entre casas bajas apiñadas. Unos cubos blancos y celestes, sin ventanas, con un balcón dejado a la mitad sobre el techado para cuando se construyese otro piso. ¿Era Ficarazzi?

De vez en cuando, en medio de aquel acumularse de casas minúsculas, una visión repentina: un edificio del color rosado de la toba marina, volutas labradas en piedra, estatuas sobre el tejado, grandes escaleras que se abren en abanico, ventanas simuladas y balastradas simuladas, todo un juego de engaños para el ojo inquieto de los señores de otros siglos, un juego de llenos y vacíos que sugerían quién sabe qué lánguidos misterios arquitectónicos.

La elegancia de un proyecto de *trompe-l'oeil* por una parte, por otra la miseria de los refugios de pura subsistencia: paredes levantadas con cal, a ojo, sin ni siquiera un aparejador que las supervisara. Parece que se mantengan en pie, esas paredes, solo porque se apoyan la una en la otra.

A ratos la carretera se adentraba entre viñedos, no se veían más que uvas colgando y hojas de vid. Después, de golpe, una curva y nos acercábamos al mar, hasta casi rozarlo. Se veían los guijarros blancos y

el agua que suavemente los cubría y descubría con un movimiento lento, muy dulce.

En Japón no había ido al mar. Durante los primeros tiempos estábamos en Sapporo, entre las nieves de un eterno invierno. Ciertos días de enero teníamos que salir por la ventana porque la puerta de casa estaba sepultada bajo montones de nieve helada. Después nos habíamos trasladado a Kioto, donde yo había aprendido a hablar el dialecto local. Después a Nagoya, bajo las bombas.

¿Cómo olvidar el resplandor siniestro de aquellas explosiones? La noche iluminada por globos de luz cegadora que descendían lentamente, lentamente, como si no supieran en realidad si ir hacia arriba o hacia abajo. Pero los aviones sabían bien qué hacer con aquella luz suspendida que les servía para los reconocimientos nocturnos y los bombardeos a las horas en que todos dormían.

El silbido de las bombas desgarraba el aire. Y después, un eco sordo lejano. Había aprendido a distinguir las bombas peligrosas de las más inocuas. Y, con la crueldad de quien piensa solo en su supervivencia, que pende de un hilo día tras día, disfrutaba de la maravilla de aquellas norias nocturnas sobre la ciudad cercana. Sabía que otras noches se esclarecerían también para nosotros y nos precipitaríamos, corriendo,

de la cama al refugio mientras esquivarlas asesinas volaban como moscas en el aire tibio de la noche.

Después de un año de bombas, con la sensación de caminar en lo alto, en la cuerda floja —preparada para perder la vida como se pierde un diente—, con el pie tenso y firme en el vacío, los militares japoneses vinieron a recogernos para llevarnos a otro campo de concentración, pero esta vez en el mundo rural, dentro de un templo budista.

Allí descubrí los arrozales infestados de serpientes y de sanguijuelas. Conocí el bochorno de ciertas tardes sin comida en las que el sueño de un melocotón jugoso y fresco se hacía tan vívido como para empujarte a morder tu propia mano. Mis padres se preguntaban si había sido sensato negarse a firmar a favor de la República de Saló, sin pensar que se involucraba a «las niñas, que no tienen nada que ver con la política». Mi madre decía que en los ojos de aquellos hombres hambrientos, los compañeros del campo, había una luz de obsesión caníbal cuando miraban las carnes tiernas de la hija más pequeña, de apenas un año.

Mi padre respondía que aquellas eran las consecuencias del antifascismo y que había que esperar el final de la guerra, que ciertamente los aliados vencerían. «¿Y si pierden?» Sabíamos que nos tocaría una muerte brutal, quizá fusilados. «No hables de ello de-

lante de las niñas.» «Irá todo bien, ya verás.» «¿Y si fuese mal?»

Los oía discutir en la oscuridad de la única habitación en la que dormíamos todos juntos, en voz baja, obstinadamente. Y en mi corazón los consideraba niños. Prefería estar allí con ellos que en otra parte sin ellos. ¡Cómo los habría protegido y amparado, a mis dos jovencísimos padres, que a fuerza de mirar al cielo no veían dónde ponían los pies! Yo me había adaptado a jugar con las piedras: las grandes eran pitanzas grandes y las pequeñas pitanzas minúsculas. A veces matábamos el hambre incluso con los ojos, y las piedras las pintábamos con sumo cuidado. Mientras tanto aprendía a sacarme de las posaderas unos gusanos largos y rollizos que se comían el poco arroz que era nuestra única alimentación en el campo.